

1

# FORMACIONES DE LO INCONSCIENTE, FORMACIONES DEL ANALISTA

**Roberto Harari**

## **Presentación**

De acuerdo con lo planteado por Lacan en la Proposición del 9 de octubre de 1967 y lo trabajado en nuestras actividades sobre “Formación – transmisión – enseñanza”, el psicoanálisis en intensión (el análisis llamado didáctico) prepara sus operadores si ellos practican el psicoanálisis en extensión. Y esta experiencia sólo es posible, en la Institución cuya base él motiva y funda.

Por ello en Mayeútica estamos abocados a hacer doctrina y práctica de esto que afirmamos: el analista se autoriza y forma de sí mismo en su análisis –didáctico y de control- y ante otros, en la Institución que garantiza que un analista surge de su formación<sup>1</sup> –aquella que sus transferencias de trabajo teórico y clínico conducen-.

El psicoanálisis en extensión –los intereses, la investigación, la ideología que él acumula- es necesario para la crítica de las sociedades psicoanalíticas, tal como ellas soportan esa garantía fuera del ámbito psicoanalítico y para la orientación que haya de darse dentro de ella, a la nueva Institución ajustada a la incesante formación de sus miembros.

Y esto en Mayeútica acontece, porque la Institución procura las garantías con las que autoriza por su formación al psicoanalista -desde ese momento responde de esto- y por el trabajo constante de los avatares, atascamientos y desviaciones que las formaciones de lo inconsciente de cada uno producen sobre la formación singular de cada quien y las transferencias de trabajo sobre otros.

Que estemos abocados a ello no significa que siempre seamos exitosos, mas nuestro trabajo cesa de no escribirse y se enuncia cada vez que nos encontramos con este defecto. La articulación que falta para remediarlo, la trabajamos en artificios pensados por y en los distintos estamentos institucionales que conduce el Consejo.

En ellos participa toda la membresía, ya sea desde una Sección, en el Consejo Directivo mismo, desde el Organo de Garantía y de Designaciones o con su participación directa.

En este camino nos encontramos, en la renovación continua de la experiencia que nos lleva a refundarnos todo el tiempo. La función de la Institución no es, de este modo, lo instituido sino lo instituable por cada Uno de los que se autorizan por sí mismo y por algunos otros<sup>2</sup>.

Así pensamos analizar ‘la raíz de la experiencia del campo del psicoanálisis planteado en su extensión’, que es aquella que conviene a la formación de cada analista basada en su experiencia psicoanalítica (su psicoanálisis individual o de control).

Para que las formaciones de lo inconsciente trabajadas en la intensión se manifiesten y produzcan lo real de la experiencia del campo del psicoanálisis en la extensión, nos comprometemos a convocar a los analistas en formación. Vale decir, a todos y cada uno de nosotros.

Para cesar de no escribir este objetivo, apuntamos a las distintas posiciones de enunciación que este cuadernillo provoque. Con esta expectativa es que publicamos este material cuya base ha sido una Conferencia de Roberto Harari en Brasil, realizada el 30 de octubre de 1999.

Sección Extensión

Responsable: María R. Borgatello de Musolino

Colaboran: Liliana Himmelblau y Patricia Parnakian

---

<sup>1</sup> J. Lacan: Proposición escrita del 9 de octubre de 1967 –Manantial 1989

<sup>2</sup> J. Lacan: Los no incautos erran, seminario del 9 de abril de 1974 - Inédito

## FORMACIONES DE LO INCONSCIENTE,

### FORMACIONES DEL ANALISTA<sup>3</sup>

ROBERTO HARARI

“Un discurso que desea llegar al otro, alcanzarle en profundidad, hasta el punto de modificar su pensamiento o su relación con el mundo, tiene una gran carga de silencio”.

D. Le Breton, *El silencio. Aproximaciones*

“En realidad, nuestro principal problema actual no es que tengamos demasiadas [ideas éticas] sino que tenemos muy pocas y debemos proteger todas las que podemos”.

B. Williams, *Ethics and the Limits of Philosophy*

[El nihilismo es] “Filosofía del todo vale (porque nada vale), del para qué, de la inanidad de todo, del renunciamiento, del abandono”.

A. Comte-Sponville, *Impromptus*

La temática que pretendo desarrollar es fundamental, porque involucra un real del psicoanálisis. Aludir a un real quiere decir, en este orden, que la formación del analista es una cuestión permanente, debido a que no queda resuelta de una vez y para siempre. En efecto, los psicoanalistas pasan, pero la cuestión relativa a su formación perdura. Sin duda, para la formación del analista no existe una respuesta única y convencionalmente aceptada.

Por eso, voy a procurar la realización de una puntuación general de las cuestiones avanzadas por Freud y por Lacan, entremezcladas con mis reflexiones, tras mi desempeño de cuarenta y dos años de experiencia como psicoanalista, el cual, desde ya, prosigue en la actualidad. Esos años fueron suficientes para haber pensado muchas cosas respecto de esta problemática, para haberme desengañado de muchas propuestas entre ellas y para sostener con convicción algunos pocos principios firmes. Como lo dice B. Williams, no otra cosa sucede con la ética. Y la juntura, es claro, no resulta azarosa en lo más mínimo.

Trazaré, entonces, un recorrido para fundamentar cada una de las tesis que irán surgiendo. Por su importancia, riqueza y envergadura podríamos abrirlas, desarrollarlas, a cada una de ellas. Sin embargo, es justificable que, en esta breve presentación, muchas sean solamente presentadas y no profundizadas, lo cual queda a cargo de los lectores.

---

<sup>3</sup> Texto reescrito a partir del publicado como *Caderno: 3* de Maiêutica Florianópolis-Instituição Psicanalítica en diciembre de 1999, a partir de la transcripción de la Conferencia del mismo nombre brindada el 7 de octubre de ese año en dicha Institución, y realizada por I. B. Garcia, T. N. Mascarello y C. A. Remor, a quienes agradezco la fructífera y pertinente tarea realizada en ese sentido.

El primer punto, que constituye un gran malentendido en la historia del psicoanálisis, comienza por la aparente excepción encarnada en, y por, la figura de Freud, hasta el momento en que Octave Mannoni demuestra la falacia de esa pretensión.

Me refiero a la premisa referente a que Freud se habría autoanalizado, es decir que habría logrado consumir algo tan especial que ninguno de los pobres mortales que lo seguimos ha sido capaz de lograr hasta hoy. O sea: Freud habría hecho su autoanálisis, y luego de él, nadie más. Me refiero así, por ejemplo, a las tesis contenidas en un libro titulado *L'autoanalyse de Freud et la découverte de la psychanalyse*, de un psicoanalista muy conocido y que produjo mucho –que sea relevante esa producción, o no, es otra cosa: Didier Anzieu.<sup>4</sup>

Entonces, una cuestión para comenzar: Octave Mannoni demostró la ocurrencia de algo no usual, que llamó análisis original, mas no autoanálisis. Él asevera que Freud hizo su análisis por medio de una correspondencia con Fliess, entonces su amigo íntimo, cercano, el cual –podríamos pensar de acuerdo con lo que hoy sabemos de él– era un paranoide. De esa circunstancia que, por cierto, es del conocimiento de todos, sin embargo, es importante subrayar otro efecto de enseñanza: el análisis requiere imprescindiblemente la presencia del otro, y no hay condiciones, bajo ningún concepto, para hacer un autoanálisis, lo encare quien lo encare; Freud, inclusive. La limitación respecto de todo autoanálisis la marcan las resistencias de cada uno de nosotros; especialmente, las narcísicas.

Las ideas de Mannoni con respecto al análisis original podrán ser encontradas en uno de sus libros: es el llamado *La otra escena. Claves de lo imaginario*<sup>5</sup>. Ahí demuestra que Freud también se formó como analista en función de su transferencia con otro. Ese otro, Fliess, respondía de una manera donde no interesaba la interpretación en cuanto a su contenido, sino por el hecho de haberlo colocado como un sujeto particular, a quien le atribuía un saber. Por ahora, dejaremos este punto para retomar más tarde.

Voy a proseguir haciendo referencia a algunas fechas clave para nuestro tema, localizables en la obra de Freud. Comencemos por 1919. En ese momento, escribe un texto titulado *¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?*<sup>6</sup> Efectivamente, ésa es una problemática que sigue interrogándonos hasta hoy. ¿La universidad produce psicoanalistas? ¿Es posible recibirse, ser egresado en una disciplina psicoanalítica, y decirse psicoanalista clínico (aunque decirlo así parezca una redundancia)? La respuesta de Freud, ya en ese momento, era que no.<sup>7</sup>

Es interesante subrayar el calificativo utilizado por el creador del psicoanálisis referente a esta cuestión: por su estructura, la universidad tan sólo permite, respecto de nuestra disciplina, la instrumentación del método “dogmático-crítico”. Esa denominación, “dogmático-crítico”, si la pensamos un poco, constituye un oxímoron, es decir, una proposición que contiene una contradicción entre sus términos: si es dogmático, no acepta la crítica; si es crítico, no acepta el dogmatismo.

La enseñanza en la universidad presenta una serie de “dogmas”, es decir, axiomas del psicoanálisis, “verdades” que son indiscutibles – por ejemplo, la propuesta de la existencia de lo inconsciente–, pero sometidos a la crítica, todo el tiempo. Permanentemente, hay que hacer la crítica del dogma. A pesar de ello, hay dogmas que han de sostenerse. Vale recordar que dogma es un término que suena mal para nosotros, psicoanalistas; suena a religión, parecería no ser conducente a la andadura del psicoanálisis. Pero lo interesante es que Freud no cambió esa idea; entonces, sitúa así esa diferencia: lo desarrollado en la universidad es enseñanza.

Tenemos otro ítem fundamental llamado transmisión del psicoanálisis, distinta de la enseñanza. Freud da a entender, en ese respecto, que la transmisión del psicoanálisis se efectiviza en el análisis de cadaquien. Y la universidad no tiene la posibilidad de ofrecer ese tipo de transmisión.

<sup>4</sup> ANZIEU, D., *L'autoanalyse de Freud et la découverte de la psychanalyse*. Paris: P.U.F., 1975. (2 vols.)

<sup>5</sup> MANNONI, O., *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Petrópolis: Vozes, 1973.

<sup>6</sup> FREUD, S., “¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?”, *Obras Completas (O.C., en lo sucesivo)*, t. XVIII, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1985.

<sup>7</sup> Como se sabe, en una maniobra desesperada para captar adeptos –que venían en merma pronunciada–, una de las filiales de Buenos Aires de la IPA logró hace poco tiempo universitarizar su formación, regida estrictamente por los cánones de la entidad madre, otorgando títulos habilitantes –es decir, no tan sólo académicos– legalizados a nivel nacional (que, por extensión, tienen también alcance internacional: el de la IPA). De tal manera, la entidad en cuestión –¿será cabeza de serie en esa iniciativa?– deja de ser una institución psicoanalítica para transformarse, conforme con el nuevo nombre autoasignado, en un “Instituto Universitario de Salud Mental” (?).

Entonces -extremando las diferencias para tornarlas lo más claro que sea posible- la enseñanza es una cosa y la transmisión es otra. Aquí va a instalarse, con todo su peso, el así llamado análisis didáctico. Y, en cuanto al mismo, en cuanto a la formación de un analista, podemos decir que hay un acuerdo entre todos los analistas del mundo: un analista no se produce siguiendo y aprobando sus cursos en la universidad, sino acostado en el diván de su analista.

Para utilizar la propuesta de Lacan: comienza como analizante y, si prosigue su análisis, podrá cambiar su posición subjetiva de analizante a analista. Evidentemente, la universidad no tiene condiciones de instalar divanes en su medio, en su sede, con la intención de producir psicoanalistas. Cuando brinda atención, es como centro asistencial, pero eso es otra historia, pues no es para producir psicoanalistas: la atención se brinda frente a frente siempre, y por un período acotado de antemano; mucho más al modo psicológico de “intervención en las crisis”. Ante esta imposibilidad irremontable es que surge la imprescindibilidad de la institución psicoanalítica, sobre lo cual volveremos a hablar luego. Eso es lo que Freud nos presenta, ya en 1919.

En una puntuación breve, quiero señalar dos textos posteriores fundamentales de Freud, sobre los cuales él mismo sugiere un ligamen, en una correspondencia a Pfister, en 1928. Los dos textos muy próximos, de 1926 y 1927, son: *¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?*<sup>8</sup>, llamado también, en otras traducciones, *El análisis profano*, y *El porvenir de una ilusión*<sup>9</sup>, respectivamente.

¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis? Todavía hoy, podemos decir que es una cuestión no resuelta por completo, si bien la tendencia parece clara. Aclaremos que los legos son los no-médicos. Freud escribe ese texto para aportar a la defensa de Theodor Reik, uno de sus discípulos preferidos, que sufre un proceso judicial por el hecho de ejercer el psicoanálisis sin poseer el título de médico.

Freud formula entonces su alegato, y lo interesante es que va a señalar, en 1926, la importancia de crear una Facultad de Psicoanálisis. Hasta hoy, no tengo información de que exista, en algún lugar del mundo, una Facultad de Psicoanálisis. Éste figura solamente como parte de la psicología, o como master o doctorado, o como curso -de menor o mayor duración- de post-grado, pero no como Facultad de Psicoanálisis.

La Facultad propuesta por Freud tendría solamente algunas asignaturas de medicina, lo cual debía integrarse con la *universitas litterarum*, es decir, disciplinas humanísticas en general: literatura, antropología, historia de las religiones, historia de las civilizaciones, filología o ciencia del lenguaje. Es eso lo que todavía no es aceptado en el mundo, aún en el día de hoy. Entonces, en general, tenemos que estudiar cada una de esas disciplinas aisladamente, fuera del recorrido trazado en las carreras de psicología.

La psicología, por su parte, tiene un discurso muy semejante al de la medicina. Afirmar eso puede herir los oídos. Sin embargo, podemos plantearnos con total legitimidad este interrogante: ¿la psicología auxilia al psicoanálisis? Dudoso, muy dudoso. Ante ello, podría surgir la pregunta: ¿por qué? En general, por la manera como la psicología objetiva el yo y supone, de una manera u otra, que el yo es el núcleo central de la llamada persona; incluso, de la abstracción conocida como personalidad.

La psicología –mi título originario es de psicólogo; un pecado de la juventud, pues no había otra posibilidad sino la de estudiar medicina, lo cual es un absurdo aún mayor para quien desea ser psicoanalista-, la psicología, entonces, es en mi idea, en mi práctica, en mi experiencia, un punto contra el cual nosotros, psicoanalistas, tenemos que luchar. Es decir, luchar contra la condición de psicólogo, contra esa objetividad de lo manifiesto, de lo consciente, de lo volitivo, en los mismos términos en que lo hacemos contra la medicina.

En el texto de 1926<sup>10</sup> Freud procura, de manera incesante, alejar el psicoanálisis de la medicina. Esta idea hace enlace con el trabajo de 1927, *El porvenir de una ilusión*, que es un texto explícitamente enfocado contra la posición subjetiva encarnada por el religioso. Dicho de otra forma: los textos revelan que el psicoanalista no es, ni debe ser, médico, ni tampoco es, ni debe ser, un religioso. La cuestión, entonces, es que el psicoanalista debe alejarse de esas dos tentaciones para lograr situarse en un tercer lugar, que es el propio.

¿Por qué el médico y el sacerdote? Porque son tentaciones ante las cuales un psicoanalista puede sentirse atraído y, consecuentemente, alejarse así del psicoanálisis. Ahora bien, dos son los puntos fundamentales que hacen al ligamen entre el médico y el sacerdote.

<sup>8</sup> FREUD, S., *¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis? Diálogos con un juez imparcial*, en O.C. (cit.), t. XX.

<sup>9</sup> FREUD, S., *El porvenir de una ilusión*, en O.C. (cit.), t. XXI.

<sup>10</sup> FREUD, S., *¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?*, op. cit.

Primer punto: un contacto privilegiado con un universo total, oculto o trascendente, es decir, el médico y el sacerdote se ocupan del cuerpo, de la vida y de la muerte. Segundo punto: al sacerdote y al médico, la comunidad les otorga un saber, un supuesto saber-hacer con el dolor de existir.

Podríamos decir que ellos tienen una particular manera de curar, dotados de fórmulas fundamentales que proporcionan –en apariencia– un poder para lograr “vivir mejor”, pues son donadores permanentes de sentido. Esta posibilidad de donar sentido a todo tiene un nombre: hermenéutica. Los analizantes interrogan con frecuencia: “¿Usted sabe qué quiere decir esto? ¿Por qué ocurrió eso conmigo? ¿Usted tiene que darme un sentido para aquello!” Al decir hermenéutica utilizamos un término más filosófico, pero también ese proceder se encuadra en la llamada “mántica”, en un orden más popular. Mántica es un sufijo, que podemos colocar en el final de muchas palabras y que significa tener condiciones de adivinación devengadas de lo señalado por la primera parte de la palabra compuesta de tal modo. Por ejemplo, la quiromancia. La quiromancia es la adivinación en función de la atribución de sentido realizada por medio de la supuesta lectura, más o menos codificada, de las líneas y de los montes de las palmas de las manos.

Tenemos, entonces, lo que Freud percibió muy bien, en esos dos trabajos, casi contemporáneos, como grandes peligros del posicionamiento subjetivo del analista: los riesgos de caer en la posición del médico, en la del religioso y, agregamos, en la del psicólogo, ya que se sostienen en discursos muy semejantes. Lo fundamental es el lugar histórico que el médico y el sacerdote ocupan como donadores de sentido. Eso es lo que yo quería resaltar como punto fundamental, porque es donde se les une, como nuevo recién llegado al mismo emprendimiento, el psicólogo manipulador –lo sepa o no, lo quiera o no, lo acepte o no, ello en nada modifica los hechos–, bienintencionado y normalizador ideológico.<sup>11</sup>

¿Por qué la sociedad tiene necesidad de generar y de privilegiar estos lugares primordiales? Siguiendo la enseñanza de Lacan, creo que se trata de colocar, en algún lugar jerarquizado y aparentemente indiscutible, lo que él llama, con mucha precisión, el “fantasma de omnipotencia”.<sup>12</sup> Es de ese fantasma de omnipotencia que un analizante debe procurar hacer el duelo en su análisis; abandonar o atravesar ese fantasma, que Lacan llama también teísta, es decir, el de la credibilidad en Dios.

En efecto, la manera de ser ateo es poder hacer el duelo por el fantasma de omnipotencia; si no, todo el mundo puede decir: yo soy ateo, y podemos agregar irónicamente, por nuestra cuenta: gracias a Dios. Esa es una manera ilustrativa de dar cuenta de ese alardeado ateísmo, que no va más allá de la parada verbalista. No conseguir hacer este duelo indica el sostén de la creencia en un Otro maravilloso, consistente, omnipotente, omnisciente. Credibilidad propia del hecho de que somos hablantes.

El fantasma de omnipotencia, efecto de nuestra constitución como hablantes, es generado y también se “contagia” como una particularidad del síntoma social. Ante eso, podemos pensar que hacer análisis no trae buenas novedades. ¿Por qué, qué se obtendrá a partir de ello? Lacan enseña: vamos a obtener un sujeto advertido. Es sólo eso, advertido. Pero, ¿advertido de qué? De los efectos del lenguaje en el sujeto, de los efectos que el lenguaje provoca en cada uno de nosotros; es eso, en suma, lo que Freud llama inconsciente.

Por lo tanto, lo inconsciente no es un pedazo de la cabeza, ni una potencialidad psíquica, sino que se genera a partir de los efectos que el lenguaje sedimenta en cada uno, dependiendo del hecho de que somos hablantes. Ésa es nuestra diferencia fundamental con los animales, articulada con nuestra obediencia al tabú del incesto.

Situadas así las cosas ¿cómo, entonces, conseguir un lugar, un estatuto otro que sea valedero para el analista y, también, para esta nueva “profesión”? Podríamos decir, por ejemplo, que es un médico-psicoanalista, como aún se escucha con frecuencia. Una vez más, a mi juicio, se podría preguntar: médico-psicoanalista ¿no introduce nuevamente un oxímoron? O en el mismo sentido decir: ¿un sacerdote-psicoanalista? O, como se está estilando en los últimos tiempos: psicólogo-psicoanalista. Digamos, como postura, lo siguiente: si es psicoanalista, entonces es solamente psicoanalista, sin aditamentos ni términos antecesores o presuntamente aclaratorios, los cuales pretenden diluir su especificidad, aceptando tan sólo de manera vergonzante al psicoanalista.

Siguiendo nuestra cronología: Freud, en el año 1937, en *Análisis terminable e interminable*<sup>13</sup>, formula una proposición, de precisión todavía mayor, sobre lo que podemos llamar nuestra profesión. En efecto,

<sup>11</sup> HARARI, R., *El objeto de la operación del psicólogo*, Buenos Aires: Nueva Visión, segunda edición 1976.

<sup>12</sup> LACAN, J., *Seminario “La angustia”, 10*, Buenos Aires: Paidós, 2006.

<sup>13</sup> FREUD, S., “Análisis terminable e interminable”, en *O.C. (cit.)*, t. XXIII.

posiciona el psicoanalizar en línea con el gobernar y con el educar. Las tres: gobernar, educar, psicoanalizar, son llamadas por Freud profesiones u oficios imposibles.

Profesiones, oficios, trabajos, es indiferente; el hecho radica en la condición de lo imposible. ¿Imposible de qué? En cada una de ellas: de poder concluir; de poder decir que el oficio, el recorrido, finalice alguna vez. O sea: la tarea del gobierno es interminable, aludiendo al título del trabajo de Freud. De la misma manera, las tareas de enseñar y de psicoanalizar son interminables.

Cómo se preguntan algunos: ¿qué quiere decir eso? ¿Alguien que entra en un análisis, no sale más? ¿Es eterno, vitalicio, de por vida, porque es de raíz interminable? No, no es eso. El hecho de concluir, de terminar la cura como sujeto advertido, deja para el analizante la tarea psicoanalítica como interminable en, y para, su vida. No es que el artificio psicoanalítico vaya a mantenerse de modo indefinido como instalado y en funcionamiento, sosteniéndose la regularidad de los encuentros entre analista y analizante. Pero cabe consignar que la dificultad, en efecto, reside en cómo poder dar cuenta, con fundamentos sólidos, de una terminabilidad no arbitraria.

De ahí que muchos, en la desesperación, colocan un límite temporal de antemano. Por ejemplo, decidir que cuatro años para un análisis es fundamental para una transmisión, tal como por lo general lo estipula la IPA. Eso no tiene nada que ver con lo que ocurre en la cura psicoanalítica, pues coloca en ella un límite exógeno: cuatro años, tres o cuatro veces por semana, y así se accedería al final del análisis, a la manera burocrática, por mero conteo, por sumatoria.

Entonces, ¿qué percibía Freud en estas tres profesiones, cuál es el trazo común? Con Lacan, podemos decir que es un Real, por eso es imposible. Imposible de alcanzar una culminación, de decir: eso terminó. Es en ese sentido que nosotros podemos presentar, como una de las grandes intuiciones sugeridas de Freud, no teorizadas en esos términos, la cuestión de lo Real como infinito potencial, como una tendencia no concluíble.

Sabemos que Freud fundó la conocida IPA – Asociación Psicoanalítica Internacional- por sugerencia de Ferenczi, que fue quien procuró su reglamentación. Lo interesante al respecto es articular una idea de nuestro colega Alain Didier-Weill, quien recuerda una tesis que apenas fue mencionada por Lacan en su enseñanza: se trata, a su entender, de que Freud, en toda la cuestión referente a la fundación de la IPA, lo que buscó fue reprimir el psicoanálisis.

Eso es raro, porque la idea manifiesta referida a la fundación de la IPA fue la de conservar, la de preservar el psicoanálisis. ¿Por qué, entonces, esa extraña afirmación de Didier-Weill? Sostiene lo siguiente: de esa manera, el psicoanálisis quedaría efectivamente guardado, tendría un lugar, hasta que otro psicoanalista lograra efectivizar el levantamiento de dicha represión. Rara manera, sin duda, ésta de “pasar” el psicoanálisis a las generaciones futuras.

Sin embargo, fue la manera de preservarlo. ¿Por qué? ¿Por qué se requirió esa insólita modalidad? Porque el psicoanálisis se reprime, se olvida, se rechaza, y porque las resistencias contra el psicoanálisis circulan necesariamente junto con el despliegue de nuestra disciplina. Entonces, la buena voluntad de Freud al fundar la IPA para que ésta fuera el lugar para la preservación del psicoanálisis se realizó al precio de su represión. Y podemos decir que el responsable del levantamiento de esa represión fue Jacques Lacan, motorizando así su retorno a Freud.

Volviendo a la idea recién mencionada: también es interesante ver el efecto de lo que ocurre en la IPA en lo tocante a la dirección de las curas llevadas a cabo por sus practicantes. Lo fundamental en esa entidad, y obviamente en sus filiales, radica en la conservación de lo que llaman el encuadre. En efecto, es posible trabajar con cualquier teoría sin problemas, siempre que se mantenga invariable ese encuadre.

Entonces, en la IPA puede haber freudianos, kleinianos, winnicottianos, hasta los autodenominados lacanianos, pero todos trabajan igual. Lo intocable, reitero, es el sostenimiento del encuadre como hecho primordial. Por eso, en mi lectura, es una institución que –en nombre de la libertad, de la igualdad, del pluralismo ideológico, según los términos mediante los cuales se caracterizan laudatoriamente a sí mismos– es, en realidad, una institución ecléctica.

Eclecticismo significa, como bien lo enseñase Lacan, que ningún saber es factible. Ahora bien, si se afirma que no es viable, ello implica que se encuentra vigente una relación de extrema hostilidad para con el saber. Entonces, si “todo vale” –véase el epígrafe de C.-Sponville- consecuentemente no hay coherencia en la enseñanza que circula en la IPA, dado que lo importante es cómo la estructura burocrática logra sostenerse más allá de quienes la integren. Por eso, continúa funcionando sin importar para ello quienes sean sus integrantes, ya que su modelo es el de una “Sociedad Anónima”, en la cual los nombres propios no tienen importancia. Más aún: éstos deben ser víctimas del anonimato.

Aparte del sostenimiento del encuadre, se destaca el punto llamado por Lacan “la lista de los didactas”. Se trata de quienes tendrían la facultad de formar analistas, en cuanto a la transmisión del psicoanálisis. Ya habíamos diferenciado enseñanza y transmisión. Entonces, para la IPA, la transmisión sólo sería viable con analistas que la institución jerarquiza como didactas –o “en función didáctica”, según dicta el eufemismo apenas encubridor- y no lo sería con cualquier otro. Cabe aclarar que dicha exclusión, por cierto, involucra tanto a los miembros no didactas de la propia entidad y, con mayor motivo aún, a los analistas que no pertenecen a ella.

Lacan, al hablar de los didactas y del didáctico, dice algo sumamente interesante, y que constituye, en mi apreciación, uno de los puntos fundamentales atinentes al ejercicio de cualquier analista. Sobre el análisis didáctico, afirma que se debe colocar una coma entre ambos vocablos. Sólo eso, y cambia todo. Sería así: análisis, didáctico. En otras palabras, quiere decir que todo psicoanálisis es didáctico.<sup>14</sup> Esa mudanza de posicionamiento subjetivo, de analizante a analista, motorizada por el hecho de pasar por el análisis, genera un cambio a cuyo respecto podemos decir: el efecto de un análisis es generar analistas, lo cual sucede en cualquier análisis, y ello en nada hace a los llamados “didactas” (o “en función didáctica”).

Sin embargo, se puede decir con toda lógica que un sujeto en análisis puede no tener nada que ver con nuestra disciplina, aparte de no tener ningún interés en formarse como psicoanalista, pues se analiza en función de la búsqueda de alivio de su sufrimiento psíquico. Claro: no se trata del desarrollo de su actividad profesional, sino de la procura de un cambio en su posición subjetiva.

Entonces, es en ese sentido que todo análisis va a producir un analista. Que después sea o no analista como desempeño profesional, es otra historia, lo que no tiene nada que ver con lo que implica esa coma que hemos introducido. Esa lista de privilegiados que, aparentemente, tienen la posibilidad de formar psicoanalistas no es, en resumen, sino un truco de orden burocrático para decir que sólo ellos pueden analizar a los llamados candidatos.

Dicho de otra forma, el hecho fundamental no es la lista de los didactas, sino el hecho de generarse –volvamos al inicio, con Freud en 1919 – un psicoanalista en un análisis y no en una situación de enseñanza en una universidad, ni tampoco en una situación burocratizada por un instituto universitario donde la institución psicoanalítica –y el psicoanálisis- han desaparecido, sintomáticamente ingurgitados por esa extraña categoría llamada “salud mental”.

Cabe señalar, entonces, que para Lacan lo fundamental – ésa es una idea suya, absolutamente original – es lo que nominó deseo del analista, como propio, como inherente a la condición del analista<sup>15</sup>.

Con relación al deseo del analista, hay que ser cuidadoso en lo que tenemos que diferenciar. No es el deseo de ser psicoanalista: primera exclusión. Tampoco es el deseo de cada uno de los analistas, segunda exclusión, sino que es una función, una función que vamos a ejercer, cada uno de nosotros, al trabajar como psicoanalistas. Es colocarse en una piel particular: deseo del analista.

Al respecto, dice muy bien Lacan que es distinto del deseo común, al que califica como deseo del Otro; o sea, deseo de ser deseado. Esto es lo que no ocurre con el psicoanalista. Es por eso que define el deseo del analista como un deseo especial, más fuerte que el deseo común.

“Más fuerte” no quiere expresar, necesariamente, un elogio. Más fuerte quiere decir – como lo califica en el *Seminario 8, La transferencia...*<sup>16</sup> – deseo de la muerte, no de morir, sino de la muerte. Es decir, es una

<sup>14</sup> LACAN, J., “Acta de fundación de la Escuela Freudiana de París – Nota Adjunta”, en *Lacan 2000. Seminarios, escritos, otras obras y referencias*. Buenos Aires: RD Ediciones electrónicas, 2000.

<sup>15</sup> LACAN, J., *Seminario “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, 11*, Buenos Aires: Paidós, 1985.

<sup>16</sup> LACAN, J., *Seminario “La transferencia”, 8*, Buenos Aires: Paidós, 2004.

condición ataráxica en que cada uno, como psicoanalista, logra desconectarse de su personaje social habitual para poder entonces trabajar con el psicoanálisis.

El deseo del analista constituye un punto complejo como noción. Necesitamos saber al respecto que el analista, al mismo tiempo en que está insertado en esa función, sale de ella, es decir, pierde esa función. Pierde y vuelve y, por eso, no tiene identidad. El analista no tiene identidad –pese a que muchos se desgañiten en definirla- porque sale y vuelve todo el tiempo de la condición que lo circunscribe. De ahí que su autocrítica sea permanente de manera necesaria, constitutiva, ya que no hay psicoanalista listo y terminado de una vez y para siempre. Contrariamente a esta tesitura, la lista de los didactas afirma que quien llega a ocupar el lugar de psicoanalista permanecerá en ese lugar para siempre consagrado.

Se glosa una afirmación de Lacan, muy repetida, que tiene que ver con el título de esta Conferencia. En ella, aseveraba no haber hablado nunca de formación del analista, sino de formaciones de lo inconsciente. Es decir, no buscó brindar o proponer una forma estándar, por eso no habló de aquélla. Se refirió abundantemente a las formaciones del inconsciente, en las cuales es factible, o más bien imperativo, escuchar el doble sentido donde “Eso habla”.

Por eso, lo reitero, hablé de las formaciones de lo inconsciente. Ahora bien, las *formaciones* del analista, que colocamos en el plural, tienen que ver con la manera de reaccionar contra la formación estándar, con las formaciones de lo instituido, lo cual es propio de la IPA. O sea: hay que hacer análisis con un didacta, hay que tener dos análisis de control, también con didactas, durante un cierto tiempo prefijado, como dije antes, y además realizar el *cursus* de seminarios.

La transmisión, retomemos esta puntuación, tiene que ver con el análisis del analista. Siendo así ¿qué ocurre en una institución que, reconociéndose lacaniana, no obliga, no compele de derecho a sus miembros a que se analicen? El hecho de evitar esa manera de huir hacia la realidad, donde nos topamos con la normatividad propia de la IPA, pienso que genera en nosotros, en tanto lacanianos, y como reacción a ello, el dar pie y sostén a una situación de consenso. O sea: se estipula una situación de hecho, no de derecho.

Entonces, la cuestión no radica en imponer el análisis sino en la producción de condiciones para que alguien –dicho así vagamente, con el mayor propósito- pueda comprender y asumir qué implica su análisis, qué connota el hecho de analizarse, y qué el de no hacerlo. También es un riesgo, sin duda. En efecto, rechazando la cuestión de la normatividad estándar, el peligro es que alguien no alcance a tener una idea de lo que implica el análisis de, y para, cada quien. Estamos una vez más situados en el desfiladero, pero ésa es la apuesta: el desfiladero –de un lado la pared, del otro el abismo, y un tenue camino en medio para circular por él-, y no el confort de los reglamentos encorsetantes.

Ahora bien, si un analista se produce en un análisis, podemos decir que sus formaciones de lo inconsciente, por las cuales él va a analizarse –no lo hace, aunque crea otra cosa, por un motivo “profesional”, sino por su neurosis –, pues bien, son tales formaciones las que darán pie a la posibilidad de formarse como analista.

Sobre eso, tenemos una fórmula de Lacan que generó algunas comprensiones, muchas incomprensiones y, también –¿por qué no?- muchos efectos indeseables e imprevisibles. Es la que afirma: “El analista sólo se autoriza por él mismo”.<sup>17</sup>

Destacando que sólo se “autor-iza”, tornamos evidente un juego serio de palabras que se efectiviza mediante una escansión, donde resaltamos el término autor. La “autor-ización” proviene, aparentemente, sólo de él, y se procesa en su análisis. Esa afirmación generó, y todavía genera, como dije, muchas incomprensiones y, especialmente, muchas maneras de resolver la cuestión respecto del autorizarse como analista. Especialmente, porque existen los analistas, presuntamente lacanianos, autonombrados lacanianos, a los que podríamos llamar “anarlistas”.

Creo que se entiende el juego de palabras, ¿no? Es una palabra-valija configurada por el embutimiento de “anarquista” y “analista”. Pues bien, ésa es una postulación que apunta, directamente, a la ausencia de todo gobierno, o, lo que es lo mismo –para confrontarnos ya con la paradoja-, definir que la anarquía constituye “la ley”. El “anarlisto”, en ese caso, se refiere a un analista que solo, en un bello día, (se) dice: comienzo a trabajar como psicoanalista. Es lo que podríamos llamar un acto *ad libitum*, una decisión adoptada en la soledad y repentina, definitoria, de ahí en más, del “magnífico aislamiento” –¿quién no pretende ser un nuevo Freud?-, magnífico aislamiento, decía, por donde transcurrirá el devenir de ese anarlista. Así, ese aforismo

<sup>17</sup> LACAN, J., “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela”, en *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Buenos Aires: Manantial, 1987, p. 7.

puede perfectamente, en apariencia, dar pie a que cada uno que pasó por su análisis abra su consultorio – valga el juego de palabras- de manera inconsulta, y comience su trabajo inscripto en el mayor “anarlismo”.

La fórmula “el analista sólo se autoriza por él mismo” es del año 1967. En efecto, la *Proposición 9 del octubre de 1967* es uno de los lugares en que Lacan trabaja la cuestión de la formación del analista. Ahora bien, siete años después, en 1974, durante el dictado del *Seminario 21*, llamado *Les non-dupes errent*<sup>18</sup>, Lacan capta la necesidad de realizar una rectificación, reformulando así el apotegma: “El analista sólo se autoriza por él mismo, y por algunos otros”, para corregir los efectos, evidentemente negativos, suscitados por el despliegue equívoco de la fórmula original.

Lacan dijo “por algunos otros”; no propuso todos los otros, sino algunos otros. ¿Cuáles son esos otros, particulares y no generales? Son los de la propia institución. Ése es el lugar de la institución, lugar donde el analista tiene que dar pruebas permanentes –sí: interminables- de su formación.

Por lo tanto, no es un sitio donde se llega y se permanece sin dificultades. Es, ante todo, un lugar para sostener ligámenes heterogéneos, múltiples, y donde son sancionadas simbólicamente, y puestas en obra, en acto, plazas diferenciales. Por ejemplo, en muchas ocasiones, se hace necesario escribir lo que se escucha – como alumno de quien fuere-; en otros momentos se trata de desempeñar funciones de enseñanza, y/o de coordinar y/o de participar en grupos con sus pares. Ese recorrido institucional, ese desarrollo de las posibilidades mencionadas –y de muchas otras-, sucesivas y simultáneas, pues bien, todo ello, es exactamente lo contrario del anarlismo.

El anarlismo tiene, también, otro sostén. Muchos dicen: procuro mi analista, mi analista de control, hago grupo de estudios, estudios diferenciados, y elijo siempre lo mejor. El riesgo, una vez más, es pensar que las posibilidades de elección son libres.

¿Qué quiere decir esto? Que cada uno se considera libre, por definición, del efecto del lenguaje. Bien, esa procura “libre”, una vez más, cae en el eclecticismo. Así, el eclecticismo vehiculizado por esa premisa anarlítica no es sino otro rostro del escepticismo. Como dijimos antes, el eclecticismo es una creencia en la omnipotencia; sí, ésa es la creencia manifiesta, pero los efectos genuinos son invalidantes. En ese sentido, las consecuencias no son fructíferas, porque no hay producción, ya que ésta no se inscribe en ninguna parte. Claro: el anarlista reivindica su condición –véase el término- de “libre pensador”. Sin duda, esa omnipotencia se torna manifiesta al predicarse algo similar a lo siguiente: voy a tomar lo mejor de Lacan, de Winnicott, de Melanie Klein.

Digámoslo aún de otra manera: por un lado, el sujeto tiene –asevera, de modo explícito o no, que poco importa en cuanto a los efectos sobrevenidos- una visión tan abarcadora, un estudio epistemológico, una experiencia clínica tan excepcional, que le permiten llevar a cabo esos recortes con cada uno de esos autores. Cree, desde su posición omnipotente, que puede proceder de esa manera, ignorando las incompatibilidades. Mas lo que pretende omitir retorna, sumiéndolo en la impotencia productiva. El punto es que esa metapsicología portátil e individualista arroja, como efecto babélico, el de su propia invalidación.

Por eso, no se trata solamente de la cuestión de la formación, sino de la formación permanente, la cual tiene, como prerequisite, el hecho de estar en relación permanente con otros analistas. Sin duda, podríamos decir: un analista es analista porque tiene analizantes. El analizante es un “complemento necesario” de la función del analista.

De acuerdo, pero tenemos algo para subrayar, partiendo del agregado formulado por Lacan referente al “por algunos otros”. Es decir: para que un analista se sostenga en su lugar, es necesario trabajar con otros analistas, para no caer en el defecto o deformación profesional de nuestro trabajo: la soledad autocomplaciente. La soledad es un trazo que puede ser también derivado del lugar médico o sacerdotal, donde el analizante coloca al analista. Se trata de un fantasma de autogeneración, complementado por el de un autosostén, pues es muy gratificante no rendirle cuentas a nadie de lo que cada uno hace en la soledad de su consultorio.

Cuando se habla de institución, algunos dan a entender que es una crítica inteligente el detenerse en el vocablo “institución”, porque argumentan al respecto: “¡Ah, la institución es lo instituido!” Entonces, si es

<sup>18</sup> LACAN, J. *Séminaire “Les non-dupes errent”, 21*, clase del 9/4/1974, versión A.L.I., inédita.

así, no hace más que conservar y alojar cuestiones antiguas, cuestiones que vienen del pasado, que no cambian, y que, de tal forma, impiden todo avance. Ésa es una lectura un poco ingenua, un poco malintencionada y/o ignorante –llevada a cabo por muchos anarlistas, en particular por los autodenominados “de izquierda”-<sup>19</sup> que escamotea lo que ocurre en, y con, las instituciones llamadas modernas o post-modernas.

En ese sentido contamos con un texto fundamental, *El destino*<sup>20</sup>, del sociólogo español Eduardo Gil Calvo, obra que trabajé en mi libro *Las disipaciones del inconsciente*<sup>21</sup>. Calvo trabaja lo que ocurre con las instituciones de la actualidad, lo cual nada tiene que ver con las instituciones tradicionales, sino con lo que denomina instituciones suicidas. ¿Por qué? Porque buscan todo el tiempo su autodestrucción, su disolución, mas no para desaparecer, sino para refundarse. Es decir que, no satisfechas con lo instituido, se encuentran en el límite, peligroso pero fecundo, de refundarse de manera incesante.

De acuerdo con su texto, esto ocurre con la familia, con las ciencias, con la bolsa de valores, entre otras instituciones, con sus permanentes crisis o posibilidades de caídas, con sus reformulaciones. Si eso ocurre así, tendríamos que pensar la institución, más que por el sesgo de lo instituido, por su referencia a lo instituable. Ésa es la función genuina: lo instituable. Lo subrayado aquí es la apertura y no el cierre volcado hacia el pasado, hacia lo que ya fue instituido, pues esto es lo que tiende a ser hecho a un lado por el “élan” refundador, por la nueva proposición.

Es evidente que se trata de una paradoja, y sabemos que la paradoja es un buen instrumento para nuestra práctica. Existen cosas que serían, por decirlo así, no negociables, y otras, negociables. Y cuando una institución tiene una reglamentación que presiona, el peso de la burocracia liquida la posibilidad de generar algo –dicho ambiguamente otra vez con todo propósito-, algún avance, alguna producción, referidos a la función para la cual la institución fue concebida originariamente.

Claro, si el discurso no hace lazo social, su función es la de implicar una huida hacia la burocratización. La burocratización sanciona, confunde la posibilidad de marcar lugares diferenciales, en función del sostén invariable y acrítico de una determinada norma. Escuché decir, por ejemplo, a varios colegas de la IPA –y eso parece un chiste, pero ellos creen en eso, si bien no es válido realizar una generalización precipitada al respecto-, escuché decir, entonces, lo siguiente respecto de la reglamentaciones en curso: “Bueno, ésa es la ley lacaniana; cuando hay reglas, hay que funcionar de acuerdo con ellas, porque son la ley”. Confunden así ley con norma social, o jurídica. Desde ya, eso nada tiene que ver con la ley, que es la ley de la castración, la ley de la diferencia de los sexos. Pero al producir dicho traslape aseveran que son puntos intocables los atinentes a la lista de los didactas, por ejemplo.

Recuerdo que, cuando comencé mi práctica, cuando integraba el mercado negro del psicoanálisis como psicólogo, la única institución psicoanalítica en nuestro país era la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). Bien, lo interesante era que, al hablar con un psicoanalista de aquella institución, me decía ejemplarmente: “¿Usted conoce a X?”. Y yo le respondía: “¿Es psicoanalista?”. Entonces, mi interlocutor agregaba: “¡Ah! A ver, espéreme un minuto”. Tomaba un cuadernillo, editado por la APA, con la lista de psicoanalistas, y decía: “No, aquí no está, entonces no es psicoanalista”.

Ése es un caso, como digo, ejemplar, de una práctica instituida. En el cuadernillo, figuraba solamente la lista de los psicoanalistas consagrados; por eso aseveré que los otros eran considerados como psicoanalistas “de segunda”. A juicio de quienes se encontraban beneficiados por esa “ley”, era poco menos que perverso que alguien se dijese psicoanalista sin figurar en el único lugar que otorgaba la sanción normativa simbólica para ello, es decir, ser o no ser psicoanalista.

Tenemos, todavía, otro punto, más difícil de abordar, que es una cuestión que nosotros, psicoanalistas, sufrimos muy especialmente: las disoluciones de las instituciones. La sociedad en general no habla muy bien de los analistas, en función de las peleas institucionales, desintegraciones y escisiones constantes. Es un punto relacionado con esa maleabilidad de las instituciones, de ahí que, para muchos, las instituciones tengan poco valor. En efecto, pueden deshacerse, y pueden fundarse otras.

<sup>19</sup> Quienes, a partir de la caída del muro de Berlín, han enarbolado ahora otras banderas, donde se reconoce el mismo tufillo querulante, reivindicativo y estéril. En ellas se lee: género, deconstrucción, máquinas deseantes, multiplicidad de recursos terapéuticos. Una vez más: ni Freud, ni Lacan. Por supuesto.

<sup>20</sup> CALVO, E. G., *El destino*, Barcelona: Paidós, 1995.

<sup>21</sup> HARARI, R., *Las disipaciones de lo inconsciente*, Buenos Aires: Amorrortu, 1997.

Hablando con analistas europeos, ellos entienden que esta particularidad tiene que ver, especialmente, con el modo en que hacemos lazos en nuestros países, donde hay tantas cosas todavía por ser construidas o realizadas, que no cargamos aún con el peso de lo instituido. Por ejemplo, el *Collège de France* ¿cuántos años tiene como institución? Respondemos: siglos. Y es un ejemplo entre tantos otros.

Nuestras instituciones son, en ese sentido, precarias, frágiles, transitorias, de ahí que pueden deshacerse con aparente facilidad. Podemos hacer otras, y parece que no se tiene mucha idea de lo que sucede cuando se efectivizan las pérdidas. Con todo, me parece que cometemos un error cuando siempre queremos volver a comenzar todo de nuevo. La institución debería funcionar en el aludido lugar metaforizado por el desfiladero. Sin duda: ámbito difícil, porque podemos golpearlos hacia un lado, o caerlos hacia el otro. A mí, el libro de Gil Calvo me ayudó mucho a entender diversas cuestiones referentes a la institución, a perderle el miedo, a no asustarse ante la vocalización comprometida, libidinal, de la palabra institución. A poder sostenerla de modo no culposo ni vergonzante; en especial, al debatir con las cegueras de los anarlistas.

En ese sentido, la pluralidad verificada por la heterogeneidad de lazos, por esa manera de pensar el cambio y la rotación, sin duda, está ligada también a la cuestión de que los blasones fálicos no queden congelados, colocados siempre en el mismo lugar.

El modelo del cual estamos hablando para diferenciarnos –al modo lacaniano del “apensamiento”, del poder pensar contra otro pensamiento- es el de la IPA, cuyo modelo es el de una sociedad anónima. Pero hay también otro, adoptado hoy por el neolacanismo, llamado Asociación Mundial de Psicoanálisis, que sigue otro modelo: el del Vaticano. Hay un Papa eterno, fuente única de saber y de sabiduría, quien sólo saldrá de su lugar por su muerte o invalidez, pues no existe otra condición idónea para salir; inclusive, aunque esta conformación estructural se disimule mediante el nombramiento de personeros en función de testafierros. Esa es exactamente la organización centralista y férrea del Vaticano, dilucidada por Freud como masa artificial, según lo encontramos desarrollado en *Psicología de las masas y análisis del yo*<sup>22</sup>.

Nuestra manera de pensar la institución procura dar cuenta, y regirse, por lo que funciona mejor para los psicoanalistas: ni la cuestión de la sociedad anónima, ni la cuestión de un Vaticano con su Papa. Para el funcionamiento de una institución, Lacan coloca en un lugar importante lo que él denomina el “discurso amo/maestro”. *Mestre* en portugués es una buena palabra para dar cuenta de la problemática así introducida, porque tiene condiciones para sostener la dualidad transportada por la palabra original en francés: *maître*. En español fue mal comprendida, dando lugar a un sentido equivocado por ser parcial, unilateral, empobrecedor. Sí, porque *maître* fue, en general, traducido como amo. Entonces, en español se dice, ya como un conocimiento aceptado y congelado, “discurso amo”. Pero resulta que la palabra francesa *maître* tiene dos orígenes o remisiones, mejor dicho; en efecto, es anfíbológica, ya que remite a *magister* y a *dominus*.

*magister* (maestro)

(*maître*)

*dominus* (amo)

*Magister*, que sería maestro, sin el cual ninguna sociedad podría perdurar, y *dominus*, que es el amo antiguo. Entonces, cuando se dice: tenemos que liquidar el discurso amo -eso lo escuchamos mucho en Buenos Aires- sólo se toma el sentido de *dominus*, punto al cual muchos analistas se vuelcan, no pocas veces para fundamentar sea su anarismo, sea su ardorosa rebelión adolescente. Claro: en muchas ocasiones, el atacar directamente el discurso maestro, creyendo atacar el *dominus*, forcluye la acepción *magister* que ese discurso posee.

Lo reitero: al denostar el *magister* indirectamente preconizamos el anarismo y la rebelión inconducente. Dicho de otra manera, el discurso maestro posibilita sostener una enseñanza no ecléctica. Al boicotarse el discurso maestro, inevitablemente, se busca como alternativa un poco de eso, otro poco de aquello, lo cual suena muy bien en, y a, la presunta democracia psicoanalítica.

Sin embargo, el sostenerse en la enseñanza no hace a la democracia sino a la coherencia. Si no, alegremente podemos hacer junctiones que nada tienen que ver con lo que cada uno de los autores propone. El punto fundamental es que no hay posibilidad de mantener una enseñanza sin sostener un discurso maestro, lo

<sup>22</sup> FREUD, S., *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), en *O.C.* (cit.), t. XVIII .

cual no es lo mismo que la función del maestro como persona (función que erecta, de modo casi invariable, el fantasma parricida de aquellos a quienes se dirige dicha persona).

Cuando subrayo que el discurso maestro es fundamental, no lo hago para liquidar ni para ir en contra del psicoanálisis, ya que se dice, con cierta ingenuidad, que se contraponen. Y en una institución suele haber, pienso yo, un discurso maestro; si no, estamos en presencia de una sociedad anónima, o sea, una que no tiene nombres propios en su seno, pues todos se neutralizan entre sí: es la IPA.

Podríamos preguntar, entonces, si el rigor epistemológico implicaría llegar a una sola lectura. No se trata de eso. Tengo presentados al menos dos trabajos respecto de la cuestión de la lectura, que volqué en sendas Reuniones Lacanoamericanas de Psicoanálisis, y que luego han sido publicados en un libro.<sup>23</sup> No hay una sólo lectura, hay criterios para la lectura, lo cual indica que no todas son válidas ni equivalentes. Sobre ese tema, hay muchos autores destacados en Brasil y también contamos con muchos trabajos útiles de Todorov, de Eco, de Bakhtin. No hay una única lectura, pero hay criterios estipulables al respecto, como por ejemplo, saber leer en las entrelíneas, tener la idea de complementar donde se cree que faltó algún nexo, tomar en cuenta las eventuales contradicciones no detectadas por el autor como trazos sintomáticos de su contribución, entre otras. Es muy interesante la propuesta de Bakhtin, por ejemplo, acerca de la exotopía, mediante la cual sostiene lo contrario de lo que se cree habitualmente. Según él, una persona de afuera tiene mayor posibilidad valedera de leer –en el sentido apuntado– que una persona usuaria de la propia lengua o de la propia cultura. Es decir, ése es un “lugar fuera”, exo-topos.

Yo creo que eso ocurre mucho con la lectura de la obra de Lacan, porque tenemos la posibilidad de leerla sin la presencia de la persona de Lacan, sin que su persona sea un obstáculo. Ustedes conocen el famoso breve desarrollo, a partir del cual concebimos la Reunión Lacanoamericana. Lacan dice: “Esos latinoamericanos, como dicen, que nunca me vieron, a diferencia de los que están aquí, ni escucharon de viva voz, pues bien, eso no les impide ser lacanos. Parece que más bien ayuda. Me transmití allí por el escrito, y dicen que eché raíces. En todo caso, eso creen. De seguro, es el poverir. Y por eso, ir a ver, me interesa. Me interesa ver qué pasa cuando mi persona no hace de pantalla a lo que enseño”.<sup>24</sup>

Recoloca en ese momento, a mi entender, la idea de “lectores”, que ya había presentado en el *Seminario sobre “La carta robada”*<sup>25</sup>. En efecto, los escritos circulan y tienen la posibilidad de desprenderse del momento del origen. Y ese momento del origen retorna en plenitud cuando se lee lo que ya se presencié dicho de viva voz, o sea, cuando al leer, por así decir, se está “escuchando” al autor. Pues bien, en tal caso sobreviene una fascinación por la voz y por la mirada del expositor. Mientras que en el escrito, donde se ausenta la presencia fáctica, eso no ocurre.

Entonces: no hay una única lectura, y sin duda tenemos las puertas abiertas para hacer lecturas diferenciales. Pero la paradoja, una vez más, es que no todo es articulable, ni se puede leer de manera arbitraria o infundada; ése es el punto que quería subrayar. No una, pero tampoco todas: he ahí la paradoja.

Respecto de cómo concebir la cuestión de la pluralidad de lecturas: fui testigo de un hecho ilustrativo que escuché, una vez más, de boca de algunos colegas de la IPA. No sé si ustedes conocen una extraña teoría del psicoanalista Arnaldo Rascovsky sobre el psiquismo fetal; sostenía que el feto mantiene una ligazón objetual fundada en la bidimensionalidad de la mirada, y que tal sería su percepción. Simplifico dando esta semblanza, pero la misma es válida en términos generales. Ahora bien, estos colegas decían: “Eso es muy semejante al estadio del espejo de Lacan, porque también habla de la imagen, de lo bidimensional”.

Ése es el punto: se puede recortar una sola palabra y, a través de una homonimia, hacer un ligamen espectacular, efectivizando pasajes hacia otros campos semánticos, guiados por la fascinante trampa de la homonimia. A mi modo de ver, de allí se desprende la necesidad de poner en práctica una vigilancia epistemológica, tal como la requería Bachelard. En efecto: ¡cuidado con la homonimia!

Veamos otro de los *modus operandi* de dicho demonio intelectual. En los tiempos de la guerrilla en la Argentina, muchos ¿analistas? entendían que represión psíquica era sinónimo de represión policial. Entonces, decían: “¡Ah! La represión tiene que ver con la policía, porque es ésta quien determina la represión de la que habla Freud. Una y otra son la misma cosa”. O más bien: una determina la otra. ¿Por qué un sujeto sufre represiones? Por la acción de la sociedad. Y la sociedad, en ese caso, es uno de sus brazos armados: la policía.

<sup>23</sup> HARARI, R.: “Lectores ¿lecturas?” y “El acto de leer psicoanálisis”, en *Polifonías. Del arte en psicoanálisis*, Barcelona: Del Serbal, 1998.

<sup>24</sup> LACAN, J., *Seminario “Disolución”*, 27, “El malentendido”, clase del 10/6/1980, notes de cours, inédito.

<sup>25</sup> LACAN, J., “El seminario sobre ‘La carta robada’”, en *Escritos I*, México: Siglo XXI, 1985.

Cito esas ingenuidades -¿o, de nuevo, las mismas revelan tendencialidad, tendenciosidad?- como ejemplos; esto está publicado, circuló así, se hizo teoría a partir de estos dislates. Por eso lo reitero: cuidado con el demonio de la homonimia. Porque ¿acaso un término que aparece en un autor es el mismo que aparece en otro, tan sólo porque se trata de la misma palabra?

Puedo mencionar, al respecto, que hace poco tiempo estábamos debatiendo en Mayéutica acerca de la noción lacaniana de nominación. Aprendí que, en portugués, existe una distinción valiosa entre nombramiento y nominación. Y Lacan habla muchas veces de nominación. Pero, si seguimos el *Seminario 22*,<sup>26</sup> presenciamos el momento fundante, esto es, cuando esa palabra se hace concepto.

Hasta ese momento, era una palabra: nombrar, es decir, colocar un nombre para una cosa, etiquetarla. Pero el hecho de colocar un nombre para una cosa nueva, que no tenía nombre, eso es nominación, dado que ese nombre la recorta, la funda, la jerarquiza, le brinda otro estatuto. Desde ya la nominación, muchísimas veces, requiere la introducción de significantes nuevos, in-auditos, no-oídos hasta ese entonces. Por cierto, la primera audición de éstos no deja de generar sorpresa, cuando no incomodidad y/o fastidio. Por eso, es una equivocación decir nominación del analista, porque sería colocar un nombre a lo que ya existe: el analista. Esa es una designación. Por lo tanto, cotejemos sin prisa: en el *Seminario 9*<sup>27</sup>, Lacan dice nominación; en el *Seminario 22*, también. ¡Ah! Entonces ¿podríamos pensar que ya introdujo conceptualmente la noción de nominación en el *Seminario 9*?

La cuestión de la homonimia, en la actualidad, se extiende como un reguero debido a la generalización de los programas de búsqueda mediante la computadora, en cuyo fundamento implícito se halla el demonio mencionado. Al respecto, se podría pensar que “nominación” puede localizarse –se localiza, de hecho- en muy diversos contextos en la enseñanza de Lacan. Bien, somos nosotros quienes tenemos que procesar fundamentadamente la lectura respectiva. En ese sentido, la computadora sólo ayuda –ayuda invaluable, bien situada- a encontrar la palabra. La cuestión reside en que palabra y concepto no son la misma cosa; por eso hacía mención de la puesta en obra de la vigilancia epistemológica.

Es importante destacar qué es un discurso, pues no debe ser confundido con el hecho de hablar. Un discurso es, en la definición de Lacan, lo que hace lazo social. Ése es un punto fundamental, pues allí radica lo que debe ser mantenido en vigencia en una institución centrada en lo instituíble y no en lo instituido. Es que, en este siglo XXI ¿existe acaso otra alternativa institucional, más allá de las quejas trasnochadas y vetustas de los anarlistas?

En ese sentido, uno de los aportes de Lacan, como propuesta de artificio institucional, es el cartel. Los analistas trabajan en, y con, ese artificio. Considerémoslo brevemente.

El cartel es un invento de Lacan, derivado de su sagacidad como psicoanalista, para trabajar en pequeños grupos de referencia institucional. Trabajar no por las afinidades personales, sino en función de una transferencia con el trabajo convocado y propuesto por el cartel. Un pequeño grupo que tiene por función el incentivar el trabajo de cada uno, que no es un trabajo colectivo, ni grupal. Entonces cada uno, trabajando con los otros, producirá un texto personal, singular, y lo presentará, por ejemplo, en una Jornada semestral o anual. Una Jornada en la cual serán presentados los trabajos de los cartelizantes.

Además de sus miembros regulares, el cartel se constituye con el *Plus-Un* (Más-Uno). ¿Qué es el *Plus-Un*? Aquí Lacan rompe, una vez más, con las convenciones tradicionales atinentes al grupo de estudios con un coordinador. El *Plus-Un* es una persona más que será convocada por los miembros del cartel –y, tal como sucede en Mayéutica, también asistirá por propia decisión- y participará de las reuniones de manera no anticipable, entrando y saliendo, pues no tiene como función dirigir sistemáticamente el trabajo de los cartelizantes. Por eso no está presente en la mayor parte de las reuniones.

El Más-Uno es elegido por las personas que constituyen el cartel, e insisto una vez más: lo fundamental del cartel es que su formación no responde a un conjunto de personas reunidas tan sólo en función de sus simpatías o preferencias personales, sino por su común remisión a una temática de elección.

Otro punto a señalar, según las enseñanzas de Lacan, es que el cartel se disuelve tras un año o dos de funcionamiento. Cierta vez, cuando estaba trabajando sobre la disolución de un cartel, en Mayéutica, las cosas se presentaron así: los cartelizantes decían que había llegado objetivamente el momento de disolver el cartel, y eso verdaderamente les provocaba mucho dolor, porque habían trabajado juntos de manera muy efectiva y con mucho afecto. Entonces ¿por qué no continuar? En mi condición de *Plus-Un* de ese cartel, les respondí:

<sup>26</sup> LACAN, J., *Seminario “R.S.I.”*, 22, clase del 13/11/1975, versión Chollet, inédita.

<sup>27</sup> LACAN, J., *Seminario “La identificación”*, 9, clase del 21/3/1962, versión MR, inédita.

“Bueno, por eso mismo el cartel tiene que disolverse”. Parece raro pensar así ¿no es cierto? O cruel. Pero ¿qué ocurriría si la disolución no se llevase a cabo?

Lacan lo dice muy bien: el efecto que sobrevendría es el de encolamiento, o sea, las personas trabajan tan bien que ya no se escuchan unas a las otras, porque van borrándose las diferencias, y eso genera una entropía, una pérdida de información. Cada uno sabe más o menos los puntos del otro, hasta dónde cada uno va, eventualmente, a criticar, a escuchar, a tolerar. Se genera, entonces, una situación de equilibrio, en el peor sentido del término. Ése es el obstáculo de los llamados “grupos de autogestión”, donde los amigos que lo integran –siempre los mismos, por cooptación ¿de sabios?, y sin la disolución como horizonte- saben bien –saber sabido, o no- los límites de las disidencias verbalizables.

Ahora bien: disolver un cartel no significa que los cartelizantes se peleen, que cada uno no soporte mirar al otro a los ojos, sino que hubo un trabajo bien hecho y lo mejor de ello decanta en el producto propio de cada uno, y no el hecho de hacer grupo, de hacer masa.

En este sentido, como se capta, el cartel no es un grupo común, convencional. Este artificio es uno de los grandes aportes de Lacan para la institución, pues comporta la puesta en acto de lo instituíble: un cartel se constituye, funciona y se disuelve; es decir: no prosigue, no es permanente, pero sus integrantes no quedan resentidos, con resquemores ante la experiencia, porque se rearticulan en otros cartels. Y como no se configuran tampoco en función de las meras afinidades personales, de ahí surge el privilegio, el valor acordado y aceptado respecto de lo azaroso en la constitución de un cartel.

Otro punto fundamental de esta presentación de la temática, generalmente poco subrayado, es el llamado “contrapsicoanálisis”. Esta propuesta surge en el momento último de la enseñanza de Lacan, precisamente en la segunda clase del hasta hoy inédito *Seminario 24, L'insu...*<sup>28</sup>, en diciembre de 1976.

Para abordar la cuestión vamos a hacer un retorno a Freud en la temática en cuestión para verificar cómo, a su respecto, algunos dividieron las aguas entre el creador del psicoanálisis y Lacan. Me refiero a lo siguiente: para muchos, Freud no tenía idea de la cuestión del fin del análisis y, por eso, habría sostenido que un psicoanalista, después de haber concluido su análisis inicial, pasado algún tiempo debería volver a analizarse, y volver a hacerlo de manera periódica.

Escuché –no soy el único, sin duda- postulaciones muy ingeniosas, cuando no extravagantes, con respecto a esta postura. En efecto, y dicho por autodenominados lacanianos, las cosas, por el contrario, tienen que ser así: la persona tiene que analizarse sólo una vez en la vida porque, de no ser así, ello implica que no liquidó, que no mató al padre (*sic!*). En ese sentido, si vuelve a analizarse sigue, a la manera religiosa, prendido a una especie de ligamen de amor eterno por el padre omnipotente. Bien, estamos hablando de la omnipotencia; veamos, pues, otra inflexión de la misma. Estos “lacanianos” afirman que, si la persona vuelve a analizarse, es porque algo fracasó en el primer análisis; ante ese déficit, casi deberíamos sentir pena por quien retorna a esa condición infantil, nostálgica de padre. Como bien se capta, suceda lo que suceda en los impredecibles avatares de la vida, ese analista debe ser fuerte y no pedir nunca más ayuda. Claro: la trampa narcísica, la aparente atención amorosa al, y confortante del, Ideal, obtura la posibilidad de percatarse del grado de ferocidad superyoica en juego en esa inverosímil exigencia. Sí, es el caso de un verdadero superyó psicoanalítico vicariante, generador de argumentos obscenos. O sea: si uno es analista, jamás debe volver a ser analizante.

Lacan dedica a la cuestión del contrapsicoanálisis pocas y fuertes líneas: afirma, en consonancia explícita con lo sostenido por Freud, que es necesario hacer una segunda vuelta, un segundo momento del análisis, que puede ser una tajada, un segundo pedazo.

Para decirlo de otro modo: un segundo trozo de análisis es necesario para el analista y, recuerda Lacan, esto es tal como Freud lo había propuesto. A esa circunstancia la llama contrapsicoanálisis, y realiza al respecto una demostración topológica. Trataré de evidenciar en qué consiste y en qué resulta<sup>29</sup>.

Ocurre lo siguiente: Lacan parte de la cadena borromea. En ese sentido, asevera que la cadena borromea, introducida en su enseñanza en febrero de 1972, es la mejor manera de presentar los tres registros

<sup>28</sup> LACAN, J., *Séminaire “L’insu que sait de l’une-bévue s’aile à mourre”*, 24, clase del 14/12 /1976, versión A.L.I., inédita.

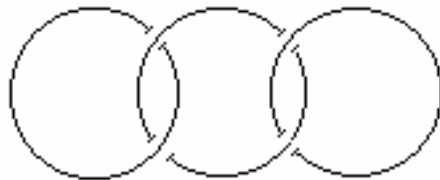
<sup>29</sup> Durante la Conferencia, el autor hace la demostración del retornamiento o eversión, valiéndose de algunos cables con espesor y un pedazo de media cortada en ambos extremos.(N. T.)

de la experiencia subjetiva. Los tres registros, como sabemos, los llama Real, Simbólico e Imaginario. Al hacerse la cadena, cada uno de ellos no debe cruzarse con el otro sin interpenetrarse. Sería así (Figura 1):

Figura 1

El hecho primordial de la cadena borromea – muchas veces llamada erróneamente por Lacan “nudo”, pero no es nudo, es cadena, porque en el nudo consideramos tan sólo una consistencia, y no, como en este caso, tres – ese hecho, entonces, es que si cortamos cualquiera de los anillos, el conjunto se deshace íntegramente. Eso indica que los tres mantienen entre sí un ligamen diferente de aquél que ocurre en lo que él llama, también en el *Seminario 21, Les nons- dupes errent*,<sup>30</sup> cadena olímpica, por su remisión al símbolo de las Olimpiadas, que es así (Figura 2):

Figura 2



¿Cuál es la diferencia? Es que, en la cadena olímpica, cada anillo pasa por el agujero del otro, lo que no ocurre en la cadena borromea. Porque en la cadena olímpica resulta que, al cortar cualquiera de los dos anillos extremos, los otros dos –como lo pone en evidencia la Figura 2- permanecen encadenados.

La idea de Lacan, en el *Seminario 22, R.S.I.*, es que los tres, Real, Simbólico e Imaginario, tienen una homogeneidad entre sí, un equilibrio, una equivalencia. Vamos ahora a hacer puntuaciones referidas solamente a la segunda clase del *Seminario 24, L'insu...*, que quiere decir lo insabido, lo insabible, como comienzo de su largo y multívoco título.

<sup>30</sup> LACAN, J., *Seminario “Les non-dupes errent”, 21*, clase del 18/12/1973, versión A.F.I., inédita.

Como decíamos, los tres, Real, Simbólico e Imaginario, tienen una homogeneidad entre sí, pero ocurre que, como efecto de un análisis, acaece un suceder donde se privilegia lo Simbólico. Sigamos su mostración; para ello, definamos que los dos anillos (hilos) siguientes son lo Real y lo Imaginario (Figura 3):

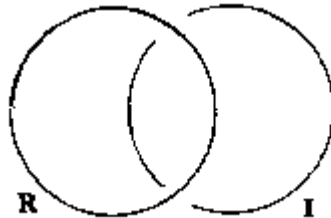


Figura 3

Podemos también utilizar, para graficarlo, una media, cuya función es la misma que la de los hilos. Lo importante de su función es que ella sea topológicamente como una esfera agujereada, tal como la podemos verificar empíricamente con una cámara de auto. ¿Cuál es su particularidad? El tener dos agujeros, uno interno y otro externo, lo que debemos presuponer –haciendo a un lado la evidencia ocular- también para los hilos. En

efecto, más allá de que ello sea visible, se localizan los dos agujeros mencionados. Pues bien, cada uno de ellos, en tanto esfera agujereada, se llama “toro” (Figura 4):

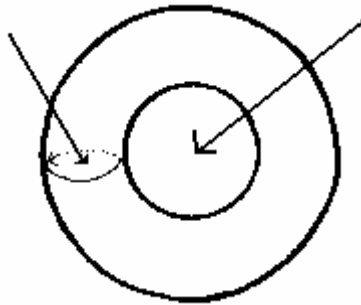


Figura 4

Por lo tanto, la cadena borromea está compuesta de tres toros, Real, Simbólico e Imaginario (Figura 5)



Figura 5

¿Qué demostración realiza Lacan? En el *Seminario L'insu...*, formula la siguiente propuesta: los tres, R, S, I, están articulados borromeamente. Entonces, cortamos el toro de lo Simbólico y lo hacemos volverse sobre sí mismo. Por ejemplo, cortamos la media, ya que ella cumple para nuestra demostración la función de lo Simbólico, y la damos vuelta, sobre sí misma. Esa operación, Lacan la llama retorno o retornamiento – *retournement*- del toro, dar vuelta al toro, o, más técnicamente, se conoce como eversión.<sup>31</sup> Esto es dibujado en el *Seminario 24* de esta forma (Figura 6):

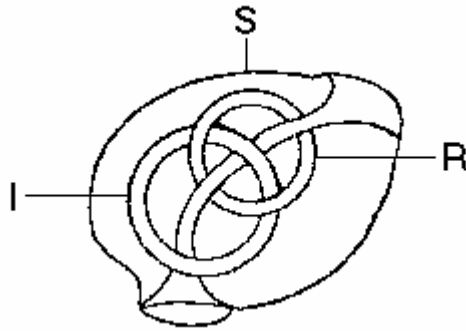
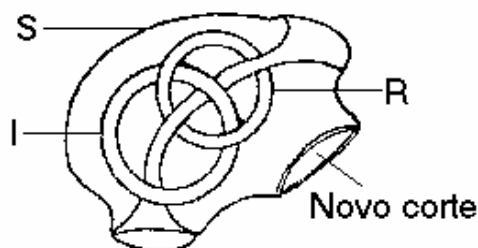


Figura 6

El hecho fundamental que sucede es el siguiente: al dar vuelta el toro de lo Simbólico, éste “deglute” a lo Real y a lo Imaginario, impidiendo su visualización, lo cual connota su subsidiariedad. Pues bien, a dicha transformación de lo Simbólico podríamos llamarlo un Simbólico generalizado y extendido, y es exactamente lo que ocurre en la primera vuelta del análisis. Se obtiene un Simbólico generalizado, hipertrofiado.

En el *Seminario 2*<sup>32</sup>, Lacan ya había advertido sobre este hecho, afirmando que el efecto del análisis, muchas veces, genera una paranoia post-analítica. Ese fenómeno resulta fácilmente aprehensible: se trata de aquellos sujetos para quienes todo es interpretable. Su fantasma de omnipotencia con el análisis genera, por así decirlo, una enfermedad que llamaríamos “interpretativitis”. Todo es interpretable, cada cosa tiene un sentido; de ahí, el indeseable parentesco con el paranoico. Volvemos, de esa forma, a la cuestión de lo que ocurre con el médico, con el sacerdote, y con el psicólogo, que tanto gusta de ser opinólogo en los medios de difusión masiva, que siempre piden “interpretaciones” sobre todo y sobre todos, a cargo de reputados “especialistas”.

Entonces, con Lacan, ¿cuál es la operación contrapsicoanalítica? Volver a hacer un nuevo corte y reconstituir la situación de equilibrio entre los registros (Figura 7). Es decir, buscar agujerear lo Simbólico deshaciendo el retorno previo, para que se reconfigure la cadena borromea de tres (cf. Fig. 5).



<sup>31</sup> HARARI, R., *Intraducción de*

<sup>32</sup> LACAN, J., *Seminario “El yo*

Síntesis, 2004, p. 80/95.

Madrid:Paidós, 1986, p. 364.

## Figura 7

Esto es lo que ocurre en una segunda vuelta del análisis. No especifica si ese segundo trozo sería, o no, con el mismo analista, pero subraya, con pocas palabras, y lo reitero, exactamente lo enseñado por Freud sobre esa cuestión: esto es, la importancia para los analistas de dar esa otra vuelta en su/s análisis.

Eso tiene que ver también con una circunstancia no muy estudiada y frecuente en mi práctica: los clásicamente llamados segundos o terceros análisis, también denominados “reanálisis”. ¿Eso quiere decir que las otras curas, necesariamente, fracasaron? Precipitar esa conclusión resulta ser algo muy tentador para el narcismo del psicoanalista: el creer que, ahora, ese analizante tendrá el buen análisis, con el buen analista: él mismo, inmodestamente. Trampa narcísica, es claro, que tarde o temprano los hechos clínicos desvirtuarán.

Para que quede claro: el nombre “contrapsicoanálisis” no quiere decir estar contra el psicoanálisis, sino contra la generalización de lo Simbólico. ¿Por qué? Porque produce, tal como ocurre con las medicinas, efectos secundarios, colaterales. Es decir: no da lugar tan sólo al beneficio derivado de la cura. Y ese segundo tramo, muy bien señalado en sus fundamentos por Freud, toma en cuenta la circunstancia de que la nuestra es una profesión -si cabe llamarla así- tóxica., ante la cual no caben medidas “higiénicas”.

Bien, en síntesis, éste sería el punto final, el punto de llegada de Lacan con respecto a lo que implica la formación del analista, dada en estas –al menos- dos etapas de su análisis.

Resumamos la parte final, entonces, para ir concluyendo: comenzamos este tramo de la exposición con la afirmación lacaniana “el analista sólo se autoriza por él mismo”; a ello, agrega después el “y por algunos otros”, trayendo a escena la cuestión institucional, con todas las variables así implicadas. Finalmente, destacamos el punto de concordancia de Lacan con Freud con referencia al contrapsicoanálisis, a despecho de lo argüido por determinado sector de “lacanianos”.

Con ello, finaliza entonces esta nueva vuelta –con seguridad, no ha de ser la conclusiva- acerca de las cuestiones planteadas.